

# Ontología del paisaje

Juan Cepeda H.\*

Mario Mejía Huamán\*

## Resumen

El artículo explora, desde una perspectiva onto-poética la profunda conexión entre el ser humano y el paisaje, argumentando que ambos son interdependientes y se influyen mutuamente. Desde una perspectiva sentipensada se explora cómo el paisaje no solo es un contexto físico en el que vivimos, sino también una parte integral de nuestra existencia y espiritualidad. A través de la narrativa poética se exploran diversas tradiciones culturales, como la quechua, se examina cómo el paisaje ha sido percibido y valorado a lo largo de la historia. A la par de lo anterior, el artículo aborda la transformación del paisaje y su impacto en la humanidad, así como la responsabilidad del ser humano en su conservación y restauración. Se enfatiza la necesidad de una comprensión integral del paisaje que incluya aspectos ecológicos, espirituales y culturales. Además, se plantea una reflexión crítica sobre la explotación del medio ambiente y la importancia de adoptar una actitud de cuidado y respeto hacia la naturaleza.

**Palabras clave:** Paisaje, Ontología, Interdependencia, Espiritualidad, Medio Ambiente.

## Landscape ontology

### Abstract

The article explores, from an onto-poetic perspective the deep connection between the human being and the landscape, arguing that both are interdependent and influence each other. From a sentimentalized perspective it explores how landscape is not only a physical context in which we live, but also an integral part of our existence and spirituality. Through poetic narrative we explore diverse cultural traditions, such as the Quechua, and examine how landscape has been perceived and valued throughout history. At the same time, the article addresses the transformation of the landscape and its impact on humanity, as well as the responsibility of human beings in its conservation and restoration. It emphasizes the need for an integral understanding of landscape that includes ecological, spiritual and cultural aspects. In addition, a critical reflection on the exploitation of the

---

\* Grupo Tlamatinime

Contacto: [juancepedah@gmail.com](mailto:juancepedah@gmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0002-6993-7729>

\* Universidad Ricardo Palma  
Contacto: [mejiahuaman@gmail.com](mailto:mejiahuaman@gmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0002-0543-1390>

environment and the importance of adopting an attitude of care and respect towards nature is proposed.

**Keywords:** Landscape, Ontology, Interdependence, Spirituality, Environment.

## Ontología del paisaje

El paisaje nos interesa.

¿Por qué nos interesa?

... porque hace parte de nuestro ser:  
interés, del latín: inter-esse, entre el ser;

lo que está en el ser,  
lo que se hunde en el ser,  
lo que se enraíza en el ser  
estando siendo.

El paisaje nos hunde en el ser:  
nuestro ser se hunde en el paisaje  
y él, a su vez, echa raíz en nuestro ser.

¡Somos paisaje!

Por eso el paisaje nos interesa, nos importa  
y mucho.

Al ser humano, situado en contexto ecológico,  
le interesa sobremanera el paisaje,  
hasta las entrañas;  
tenemos, entonces, un interés  
existencial  
por el paisaje,  
y nos preguntamos por su sentido,  
por su sentido-de-ser.

Al fin y al cabo, el paisaje  
es la posibilidad de vivir situado  
en un contexto concreto  
para el ser humano.

Desde los albores de la humanidad  
el ser humano se situó en un paisaje bien determinado  
y él mismo ayudó a darle sentido.  
¿Cómo podría existir el ser humano sin paisaje?  
¿Qué sentido tendría el paisaje sin ser humano?  
Los dos nos necesitamos interdependientemente.

Desde los albores de la humanidad  
existe el paisaje  
y cada vez se hace más presente  
porque, como dice Rodolfo Kusch:  
el paisaje crece de la palabra a su realidad,  
se agiganta en su ser mismo.  
La realidad del paisaje impacta al ser humano  
tal vez tanto como el ser humano  
-directa e indirectamente-  
ha impactado también en el paisaje.

Según la tradición quechua,  
los primeros grupos humanos andinos  
gustaban más las partes altas de la montaña  
llamadas Hanan,  
tal vez porque allí se sentían más seguros  
y podrían dominar mejor el paisaje  
que se abría a sus pies;  
además, allí los llamichos y los paqocheros  
cuidaban bien sus camélidos  
(alpacas, vicuñas y llamas).  
Debió pasar mucho tiempo

para que aquellos asentamientos  
se desplazaran hacia las partes bajas: Urin,  
haciéndose más sedentaria su cultura.

Se nos muestra, entonces, un paisaje hanan  
más dinámico, más etéreo, y más seguro;  
y un paisaje urin más estático, más social,  
con diversas posibilidades de existencia.  
Aunque, de todas maneras, ambos constituyen  
el paisaje ahí ante los ojos,  
diverso, múltiple, posibilitante... único.

Aunque el ser humano se desplace  
el paisaje se desplaza con él,  
o mejor: se desplaza en él,  
porque el paisaje va a una con el ser humano,  
aunque externamente cambie.

Aparentemente el paisaje cambia  
sin darse uno cuenta que el que cambia  
es uno:  
uno mismo es el paisaje que va cambiando,  
uno mismo va trasladando el paisaje,  
uno mismo le posibilita al paisaje crecer  
y agigantarse -como dice Kusch-  
o limitarlo, ¡e inclusive destruirlo!

Wiraqocha creó las cuatro parejas  
de seres humanos  
para que habitaran la Tierra

a los cuatro vientos  
(en las cuatro direcciones  
que se abren desde el Cusco),  
pero no todos fueron cuidadosos  
con el paisaje.  
¿Qué hemos hecho con el árbol,  
con la llanura, con el río?  
¿No los hemos venido convirtiendo  
en un hervidero espantoso,  
como se dice en la América profunda?

La Pacha, en su estar-siendo Edén,  
según la tradición judeo-cristiana,  
ha venido desvirtuándose  
en el círculo que se hunde como tiempo  
y que rasga, momento a momento,  
nuestras existencias,  
desenraizándonos  
de nuestro nicho ecológico  
al que pertenecemos,  
del que somos parte  
y al que le debemos nuestros cuidados.  
¡Hervidero espantoso!,  
según Joan de Santa Cruz Pachacuti.

El hanan y el urin  
perdieron su altura y su piso,  
su sur y su norte,  
espantosamente  
se ha resquebrajado su sentido

y su ser.

¿Podremos restaurar el paisaje?

¡Qué pregunta!

Se equipara a esta otra:

¿podremos restaurar nuestro corazón?

El paisaje y el corazón van a una,  
hay un equilibrio directamente proporcional  
entre uno y otro, porque de fondo  
son la misma realidad, la única realidad  
que tenemos.

Somos paisaje.

Valorar apropiadamente nuestro planeta  
es a valorarnos a nosotros mismos,  
como comprender la realidad íntegra  
es a la comprensión  
de nuestra salvación.

No podemos salvarnos sin salvar el planeta,  
la salvación de nuestro Medio Ambiente  
conlleva la salvación espiritual de cada uno de nosotros.

Ahora bien, ¿qué tan dispuestos estamos  
a subsanar nuestra forma de pensar,  
nuestra manera de ver el mundo,  
a cambiar el trato con la Tierra  
y con los demás seres humanos,  
más allá de ideologías, tradiciones, cultura?

Si no estamos dispuestos a cambiar  
ya, de antemano, estamos perdidos,

nos hemos condenado a nosotros mismos.

Cada uno debemos empezar  
por nosotros mismos:  
no queramos cambiar al mundo  
sin haber empezado  
por nosotros mismos.

Es urgente y necesaria  
una meditación autocrítica,  
de cara al paisaje.

Una meditación profunda y autocrítica  
nos habrá de llevar a encontrarnos  
en el reflejo mismo del paisaje  
y será él quien nos hable al corazón.

La explotación material del planeta  
sin la conservación ecológica del mismo;  
la explotación laboral del prójimo  
sin las condiciones integrales de bienestar;  
la educación sesgada de nuestros niños  
mutilando su formación espiritual;  
la exacerbación de los sentidos y las pasiones  
sin hábitos lectoescritores, ni estéticos, ni religiosos;  
la pululación leguleya de derechos  
sin el cumplimiento de nuestros deberes;  
la defensa excluyente de taras psicoanalíticas incontrolables  
subvalorando las potencialidades humanas  
de la virtud y el espíritu;  
todo esto aunado encauza al sinsentido desastroso  
en el que nos topamos,



los unos con los otros, y todos a la vez,  
en este hervidero espantoso  
del que diversas culturas nos hablan  
pero del que aparentemente no queremos salir  
a decir por la falta de esfuerzo  
para superar dichas malas mañas  
con que nos hemos venido comportando  
particularmente en estos últimos siglos  
de materialismo, nihilismo y relativismo...

Sea la idea que se tenga de Dios,  
la comprensión antropológica de cualquier época  
siempre dará cuenta del ser supremo  
al que se encuentra ligado [y religado]  
el ser humano.

Los llamados estados laicales  
son antinaturales  
precisamente por ser antisobrenaturales:

Dios es el fundamento ético-moral  
y espiritual  
de la humanidad entera,  
de la creación entera,  
y en consecuencia también  
del paisaje  
en cuanto fenómeno que se da en la interrelación  
simbiótica de todo lo que es.  
El paisaje no solamente se da ahí  
-frente a nosotros-  
ante los ojos,

nosotros también somos paisaje,  
en nosotros hay paisaje,  
y en el paisaje está Dios  
pues Él mismo ha querido dejar ahí su huella indeleble.

Resulta, entonces, bastante exigente  
el cuidado del paisaje  
porque conlleva la comprensión integral del mismo,  
si no, no servirá de mucho,  
como de hecho se está viendo.

Múltiples esfuerzos esporádicos,  
aislados, incompletos y desintegrados,  
no salvarán el planeta,  
ni la nación, ni nuestro pueblo, ni la pequeña chacra.

Se necesita, primero, sembrar  
en nuestros corazones  
la semilla de la fraternidad espiritual  
sin la cual no podrá haber conexión  
con la chispa de la piedra,  
ni con la savia del árbol,  
ni con el alma del hermano,  
ni con el espíritu de Dios.

El mal ha avanzado tanto  
que se precisa una cura de raíz,  
profunda,  
existencial.

¿Estamos dispuestos?

El paisaje vivo se encuentra

precisamente  
en el nexo existencial  
entre aquella chispa, aquella alma, aquel espíritu  
interdependientes  
el uno con el otro,  
alimentados el uno con el otro,  
entregados el uno al otro  
en un darse también existencial,  
profundo,  
desde la raíz del ser de lo que se es,  
a ejemplo del Creador.  
¿Estamos dispuestos?

No es suficiente entender  
lo más íntegramente  
el paisaje,  
si no estamos dispuestos a vivir  
acorde con esa comprensión íntegra  
cuidando nuestro Medio Ambiente,  
nuestro planeta.  
Nuestra existencia debe estar comprometida  
con la existencia del paisaje  
siendo a una, sin discursos vacíos.  
Este es el reto del siglo XXI:  
menos diplomacia y más acción,  
precisamos de un compromiso existencial,  
ontológico,  
con el planeta, con la vida, con Dios.  
Estamos siendo lo que somos,

posibilitando lo que podremos ser  
mañana,  
existencial y verdaderamente  
si cuidamos el paisaje en el que nos encontramos,  
el paisaje que somos.